

El pequeño Corbatín

Como cada día que mis quehaceres me lo permitían, salía de casa ubicada en una de las calles del antiguo casco urbano de mi querido pueblo, Huétor Santillán. Subía hasta nuestro parque natural para seguir con el estudio de las distintas fortificaciones que se hallaban diseminadas, de este a oeste, como testigo mudo y huella inequívoca de su cruento pasado en la Guerra Civil española. Aquella jornada de diciembre, caminaba por una intrincada vereda entre encinas, quejigos y pinos, donde los enebros y romeros trataban de saludarme acariciando mis piernas y brazos dándome la bienvenida, al contrario que los arrendajos, que con su canto, anunciaban a los demás animales del bosque mi presencia.

Buscando una fortificación que un antiguo mapa me señalaba con precisión en aquel cerro, ascendía sintiendo la brisa hiriente sobre mi rostro. El cielo cubierto de nubes, junto a las bajas temperaturas, amenazaba con dejar caer una intensa nevada.

A lo lejos, observé los primeros muros de piedra, lo que me animó a seguir ascendiendo. Tras un esfuerzo más, llegué a la cota establecida, dejé la mochila en el suelo apoyada sobre un muro de mampostería de piedra y cogí mi cuaderno de campo anotando todo sobre los restos existentes. Desde aquella atalaya, se podían ver unas impresionantes vistas del parque natural, todas y cada una de sus montañas, cubiertas por una espesa alfombra con distintas tonalidades de verde intenso. Como fondo, aunque las nubes impedían verla en su totalidad, se presentaba Sierra Nevada con su manto blanco en todo su esplendor. Ante el viento y frío reinante, necesité refugiarme en una desvencijada estructura muraria, construida al abrigo de unas rocas, para seguir escribiendo en el cuaderno. De pronto, me llamó la atención un gemido. Sorprendido, me levanté y busqué a mi alrededor qué podía ser. En un pozo de fusilero, pude ver un pequeño zorro tumbado, con aspecto de estar herido. Al no moverse, comprendí que

estaba muy enfermo. Lentamente me acerqué. El raposo movió la cabeza para defenderse pero no tenía fuerza. Entre las piedras se apreciaban algunas manchas de sangre y comprobé que era de una de sus patas traseras. Fui a la mochila y cogí algo de comida, la cantimplora y el botiquín de primeros auxilios. Al acercarme de nuevo a él me miró, puse junto a su hocico con mucha precaución un cacillo con agua y un trozo de bocadillo, pero no intentó movimiento alguno. Eché un paso atrás y esperé tranquilamente, aunque la amenaza meteorológica no daba tregua. Sabía, que, si aquel animal pasaba otra noche a la intemperie, no aguantaría. Por ello, raudo, comencé a levantar un pequeño murete de piedras para evitar que el aire lo molestara. Mientras yo me afanaba sin mirarlo, él se atrevió a beber toda el agua que le había preparado. Sonreí aliviado pues, había confiado en mí. Cuando terminé la construcción, con el poncho impermeable hice un techo para evitar la entrada de nieve o agua. Ahora más tranquilo, le desinfecté la herida y le coloqué un apósito, aunque posiblemente se lo quitara al lamérselo. De pronto, el aire cesó y una paz ambiental lo albergó todo. Segundos más tarde comenzó a nevar. Me aseguré de que no le entrara nieve y, volviéndole a llenar el cacillo de agua y dejándole un trozo más de bocadillo, me despedí de él, llamándolo Corbatín, dado que la peculiar mancha blanca de su pecho se asemejaba a una corbata.

Recogí mis cosas y comencé con un rápido descenso. El paisaje iba cambiando muy rápido, sustituyendo el verde intenso por el blanco immaculado, perdiendo todas las referencias.

Día tras día, estuve subiendo a aquella trinchera para cuidar del pequeño Corbatín. Su recuperación fue a buen ritmo. Fue pasado un mes de duro invierno, en el que habíamos compartido horas y horas, cuando al llegar al refugio, ya no lo encontré. Ahora cada jornada que paso en el parque natural, lo siento a cierta distancia siguiendo mis pasos. Corbatín se ha convertido en mi fiel amigo y compañero de andanzas.